

PALACIOS DE CASTILLA

El del Infantado, en Guadalajara.

II

Va en la primera sala, como anuncio intencionado de lo que habremos de admirar en las siguientes, se nos presenta una aurora, donde, si no el dibujo, son de notar la composición y el colorido; sigue después la mejor de todas ellas, la conocida por el «salón de Batallas».

Fué comedor de los Duques. El Rey D. Amadeo, al visitar en 1871, elogió mucho esta magnífica techumbre, bajo la cual, como los antiguos propietarios, quiso también que se le sirviese la comida.

Cuando seis años más tarde (1877) su majestad el difunto D. Alfonso XII visitó la ciudad, no se olvidó de recomendar con insistencia que se mirase por los artesonados y frescos que en el mismo existían.

Si en el pico de abajo nos han entusiasmado las pinturas y zócalos, de bien combinados azulejos estos últimos, en el de arriba no lo hará menos el soberbio artesonado.

El que corona el «salón de Consejeros», forma octógona cúpula con estrellas gustosamente entrelazadas; recios salvajes distribuidos por el friso parecen sostenerlo, y según inscripción conmemorativa que aún se advierte, fué mandado labrar por el octavo de los Duques (1). Se denomina así por la sencilla razón de que en él se encuentran todos los retratos de los señores consejeros de los referidos Colegios. Ocupando el sitio de honor el del inolvidable Rey Alfonso XII y el de su majestad la Reina Madre, teniendo en sus augustos brazos a nuestro actual Soberano. El referido salón puede calificarse de magnífico, pero la perla del palacio es el de «Linajes», de siete metros de ancho por veintiséis de largo.

Bajo su artesonado estalactítico, que se asegura parecía un «ascua de oro», corre una gentil galería, cuajada de calados arabescos, de la que avanzan doseletes y repisas, para de trecho en trecho cobijar y sostener pareados bustos de los insignes ascendientes; orla nutrida de blasonados escudetes recubre todo el friso, y águilas, monstruos, grifos, salen con ellos entre la sombra y los adornos como para imponer al estupefacto visitante.

(1) D. Rodrigo Díaz de Vivar de Mendoza, Marqués de Zenete y Duque del Infantado, reedificó este cuarto y artesón.

Refiere Castro que el tercer Duque convirtió esta sala en capilla, dotándola de capellanes, cantores y ministriles con órgano y otros instrumentos y proveyéndola copiosamente de cálices, candeleros y otros vasos de plata, como lo eran asimismo los apóstoles, andas y custodia que mandó labrar.

La fiesta del Corpus se celebraba en ella con gran solemnidad todos los años y hacían procesión por las galerías altas del patio, el que adornaban ricamente, y en cuyas esquinas se colocaban otros tantos altares, celebrándose danzas, máscaras, toros y cañas, fiestas espléndidas a las que todo Guadalajara concurría.

Admirada esta sala, no será mucho lo que nos maravillen las siguientes: el conocido por salón de «Embajadores», donde contrastando con lo sombrío del labrado, no podrán menos de impresionarnos gratamente ciertos nevados ángeles que por los ángulos del friso se manifiestan, sosteniendo, de rodillas, sendos escudos con rojas bandas y plateadas medias lunas. Pasaremos luego al conocido por el de «Cazadores», quizá el mejor, excluido el de «Linajes»; éste mide siete metros de ancho por treinta de largo. Su artesonado, «que asombra por la proligidad y riqueza de la talla», recuerda con sus laberínticos enlaces y espeso bosque de florones suspendidos, a los mejores del destruido alcázar de Segovia; notablemente arqueado, se apoya sobre graciosa cornisa estalactítica, y por debajo de ésta corre adornado friso con escudos de trecho en trecho.

Ya no engalanan sus paredes panoplias ni cinegéticos trofeos; pero aún subsiste una gigantesca chimenea, resto expresivo del aparato de otros tiempos. Toda es de mármol; tres medrosas cabezas de bestias mitológicas, y dos robustos hércules luchando a brazo partido con dos fieras, llevan su primer cuerpo, y en el segundo, que se termina en la techumbre, corona con cierta grandiosidad toda la talla, lindo conjunto de labradas torrecillas.

El salón de la «Infanta» tiene valiosos techos, sólo el trabajo del artesonado en esta casa debió de representar una fortuna.

Con motivo de la muerte de la sexta Duquesa, sus descendientes trasladan su residencia a la Corte, sirviendo ya solamente esta morada para tener el alto honor de hospedar en 1669 a D. Juan de Austria; presenciar en 1714 la ratificación de las capitulaciones matrimoniales de Felipe V con Isabel de